El canto de los pájaros | Félix J. Palma

Ilustra, Daniela Cuéllar

Era siempre igual, una tarde y otra, durante tanto tiempo que ya nadie podía asegurar que hubiese existido una época en que, al encontrarse el atardecer en su apogeo, el Sebas no abriese la puerta del local de un manotazo abúlico y puntual, y enfilase hacia la barra con aquellos andares suyos que más que evidenciar el cansancio de la jornada parecían sugerir una cojera de bala. Se encaramaba luego al taburete -las rodillas se le estrellaban contra la barra y él se estudiaba un momento con cierto pasmo, como si descubriese a estas alturas de la vida que había nacido con uno de esos corpachones de oso que sólo sirven en los callejones oscuros- y palmeaba el mostrador para que el Raúl le pusiera por delante la primera caña de una hilera interminable. Entonces, tras un par de sorbos cavilantes, nos convocaba al Claudio y a mí con un gesto indolente, sin gastar una mirada en los rincones para ver si andábamos por allí, convencido de que ninguno de nosotros sabía cómo pasar las tardes en otro lugar que no fuese aquel. Tratando de disimular la impaciencia, esperaba que dejáramos el pimpleo y nos arrimáramos a su mesa. Y al fin alzaba el rostro del vino, como para que alcanzáramos a distinguir en sus ojos el brillo de una decisión irrevocable, y nos aseguraba que esta vez sí, que esta noche iba a ser la noche de los gusanos, que lo esperásemos con las palas donde siempre, que podía decirse que Elena ya era historia.

La primera vez que nos confesó que pensaba darle el pasaporte a su mujer, quitarla de en medio, enviudarse a voluntad, se nos achicó el corazón, y casi tuve que escupir el trago de tinto que se me encaminaba a la garganta. No esperaba que se pudiese apuntillar de esa forma una cansina conversación sobre toros. Pero el Sebas era capaz de eso y más. No en vano, desde que nos dijo que era peón albañil, todos pensábamos que la ciudad se extendía gracias únicamente a su empuje, que los barrios engullían los arrabales por arte de sus poderosos brazos de comadrona de edificios, y que cuando al fin se jubilase, la urbe se pararía en mitad de la llanura, exhausta, como un vehículo sin carburante. Sin embargo, no tardamos en descubrir que el Sebas también disponía de su talón de Aquiles. Enseguida quedó claro que, como le ocurría con las camisas y los zapatos, el alma tampoco le hacía juego con los brazos de trituradora. Aquel gigante tripón, nacido para la camorra, era incapaz de hacerle daño a una mosca, por muchas que hubiese en la vinatería, orbitando a nuestro alrededor con su irritante carga metafórica.

Esa primera vez, por un más que decente número de billetes juntos, nos tuvo al Claudio y a mí toda la noche esperando con las palas cerca de la finca del Murciano, con una mezcla de espanto y morbo metida en el cuerpo. Yo malvivía haciendo pequeñas mudanzas con una destartalada furgoneta que había heredado de mi padre, y últimamente, debido a que me habían robado un par de cargas, tan sólo las Clarisas se arriesgaban a contratar mis dudosos servicios. De manera que me costaba resistirme al olor del dinero, viniese de donde viniese. Pero esa noche el Sebas no apareció ni con la mujer en una bolsa ni solo. Se justificó a la tarde siguiente diciéndonos que se sentía demasiado avergonzado de su debilidad de carácter como para enfrentarse a nuestras miradas de interrogación, pudiera ser que de reproche. Cuando, dos semanas después, nos volvió a requerir en el monte a la medianoche, el Claudio y yo, tras consultarnos en silencio, aceptamos, pues era un tiempo en el que todavía quedaban legañas de crédito en los ojos del Sebas. Aquella noche se nos antojó aún más larga que la anterior. Y sus disculpas de la tarde siguiente nos sonaron a burla. A partir de ahí, cada vez que el Sebas nos informaba que esa noche iba a acabar con su mujer, el Claudio y yo nos dábamos con el codo, y, antes de que nos lo pidiera, le asegurábamos que allí estaríamos a medianoche, en lo del Murciano, con las palas preparadas para enterrar lo que fuese. Esa noche la pasábamos en los billares o en los futbolines, y la tarde siguiente, cuando el Sebas aparecía compungido para disculparse, fingíamos nuestro enojo con tal verismo que nos valía un par de cañas gratis.

Aquellos requerimientos, de regulares pasaron a ser diarios, de modo que al caer la tarde, la llegada del Sebas alcanzaba para nosotros carácter de espectáculo. Resultaba entretenido oírle relatar sus planes de asesinato, qué arma iba a escoger, cómo ponderaba las virtudes del cuchillo del pan frente a la llave inglesa, cuáles iban a ser las últimas palabras que le concedería a su mujer antes de abandonarla al silencio de la tierra. Pero sobre todo resultaba divertido, acaso reconfortante, escuchar los motivos que impulsaban al Sebas, como un viento contra el que nada se podía, hacia el crimen: la larga retahíla de roces y recriminaciones que condimenta toda convivencia. A esas alturas, ninguno apostábamos por el Sebas, pero nos mostrábamos tan crédulos como el primer día. Los dos comprendíamos que aquello era una terapia que lo aliviaba, un laxante que le permitía librarse del odio que se le acumulaba en las tripas. Y no miento si aseguro que al oírlo despotricar a voz en grito, a los pocos solteros que que-

dábamos el regreso a casa, a la soledad raída de la cena fría y la televisión cochina, se nos hacía por una vez cuesta abajo. No pasaba día sin que Elena lo apuñalara en lo más profundo con una palabra aparentemente vana cargada de veneno o con alguna acción insignificante a la que el Sebas buscaba mil dobleces. Elena se mostraba ante nosotros como una virtuosa de la pulla, una diplomada en vejaciones, una bruja que cualquier día nos lo mandaba al bar convertido en puerco.

-¿Tan insoportable es?- le pregunté una tarde al Claudio, que era el único del bodegón que había llegado a conocerla cuando tuvo que cambiarle una cañería picada.

Este se encogió de hombros, pero no dijo nada. Y apuró luego la caña con suma lentitud, mareando cada trago en el buche, como si fuese el catador de un rey. Y es que el Claudio nunca hablaba de mujeres. Parecía guardarles un pánico atroz, ni siquiera podía contemplar a las azafatas de la televisión sin que le salieran los rubores cada vez que la cámara las enmarcaba en un primer plano que parecía mirarle únicamente a él. Ni pronunciar el nombre de Elena podía sin que la voz se le aflautara. Así que ninguno de nosotros tenía la más remota idea de cómo era ella, tan sólo contábamos con el cuadro que el Sebas parecía pintar a brochazos con sus agrios reproches, y con el que poco más podíamos hacer salvo ponerlo a secar en el infranqueable silencio del Claudio, que tanto otorgaba.

Durante un tiempo, el miedo que al Claudio le producía el trato con las mujeres constituyó para mí un interesante objeto de estudio. El Claudio no era ningún adefesio, al menos no más que ninguno de nosotros, por lo que resultaba difícil achacarle un pasado accidentado de fracasos bochornosos que le hubiera vacunado contra amoríos. Y por su temple reposado, también costaba imaginarlo de protagonista de algún idilio vertiginoso, de una de esas pasiones que al truncarse forjan actitudes ante la vida. El Claudio no transparentaba más que un celibato plácido y deliberado que no parecía venir a cuento. Era flaco y escarpado, y si bien empezaba en unos pies zambos y concluía en el pelo tieso de las escobillas para el retrete y tenía nariz de águila y ojos de sapo, poseía por otro lado unos labios donjuanescos, que de haberlos adiestrado ante el espejo en el arte de la sonrisa o la melancolía, hubiesen sido capaces de rendir ejércitos de mujeres enteros. Pero el Claudio no parecía interesado en sacarle partido a su boca, y en vez de decorarla con un cigarrillo ladeado que potenciara su lado inquietante, la arruinaba desde el alba con un vulgar mondadientes que al

atardecer manifestaba cierto aspecto miserable y ajado. Las dos o tres veces que se nos aproximó alguna mujer en los billares, el Claudio perdió el orden de las palabras y no cesó de rascarse con insistencia las más dispares partes del cuerpo, como si hubiese dormido sobre ortigas. Tras la partida de la dama, la palidez y la sarna desaparecían como por ensalmo, pero el Claudio tardaba un rato largo en volver a la tarea de ser él mismo. Resurgía del encuentro sudoroso y exhausto, como si regresara de un maratón. Así fui descubriendo los motivos de su blindada soltería, por qué no se había casado o rejuntado nunca a pesar de rebasar los cuarenta. Era evidente que el Claudio no podría sobrevivir al arrimo continuado de ninguna hembra.

De lo que el Claudio entendía, y mucho, era de pájaros. Le bastaba con oírlos cantar para adivinar de qué ave se trataba. Aquellas noches en lo del Murciano pude comprobar asombrado la finura de su oído. Mientras que para mí la noche no pasaba de ser un mejunje oscuro, un cesto revuelto de ruidos indescifrables, la mayoría sobrecogedores, para el Claudio la noche era un archivador ordenado de cantos inconfundibles. Cada vez que llegaba hasta nosotros un silbido, el Claudio entornaba los ojos y emitía su veredicto. Un autillo, decía. Un cárabo, probablemente uralense, precisaba sin asomo de alarde, casi como un acto reflejo. Sólo un búho, me tranquilizaba. Una tórtola que aún no se ha ido a dormir. Yo no salía de mi asombro, sobre todo cuando al poco de emitirlo corregía su dictamen, como si acaso yo pudiese descubrir que mentía. No, no es un críalo, rectificaba propinándose un manotón en la frente, es un chotacabras en pleno festín de mariposas. Y a veces no se limitaba únicamente a etiquetar al pájaro, sino que le respondía, entablando con él un diálogo de silbidos que solía prolongarse varios minutos, tras cuya conclusión sonreía, entre enigmático y melancólico. Yo asistía a la plática perplejo, y tenía que hacer grandes esfuerzos para no preguntarle al Claudio, una vez acabada la charla, de qué había hablado con el autillo.

A la segunda noche le pedí que me enseñara a desenredar aquella siniestra madeja de sonidos, con la intención no tanto de matar el tiempo como de rebajar de misterio la oscuridad reinante. Con la guía del Claudio, yo pretendía transformar aquella noche turbadora en un ámbito familiar y comprensible, donde no tuvieran cabida los espantos que mi imaginación me suministraba tras cada retumbo. El Claudio no tuvo reparos en desentrañar para mí la orquesta nocturna. Así supe que el autillo imitaba a los

saxofonistas melancólicos de los garitos, el búho se creía un coche patrulla a la caza del crimen y el cárabo uralense lucía el alma descalabrada de un cantante de boleros; que el chotacabras era capaz de sostener su oscilante runruneo casi cinco minutos como un divo de la ópera; que el halcón gerifalte se limitaba a advertirnos de su presencia con un chirrido campanudo, como algunos personajillos del bar; que la perdiz griega era puro optimismo filarmónico; que las abubillas emitían un petardeo de motocicleta o que el canto del aguilucho se asemejaba a la tonadilla de un borracho pidiendo bronca. Cuando yo arriesgaba un juicio, el Claudio sacudía la cabeza y me corregía con una delicadeza paternal que parecía insinuar que aquellos primeros errores eran inevitables, que no podían aprenderse en una sola noche los arcanos de la ornitología.

Durante unas semanas, no pude mirar al Claudio sino con los ojos de un devoto. Me lo imaginaba en el Paraíso, chasqueando la lengua y sacudiendo la cabeza cada vez que Adán le ponía nombre a un pájaro. Lo contemplaba beber su caña, silencioso y vulgar, el palillo sobrándole en la boca, y se me antojaba más de lo que veía, una especie de dios alado de incógnito en la tierra, capaz de plantarse en la puerta de la cantina si le venía en gana, alzar los brazos como un santero y emitir un silbido que convocara a todos los pájaros del planeta, desde los gorriones a las aves más extrañas, criaturas exóticas que cruzarían el mundo a una llamada suya, tucanes y guacamayos, oropéndolas y faisanes, provocando una ventolera del demonio que acobardaría al mistral y encabritaría los océanos; cotorras y verderones, herrerillos y lavanderas, una verbena alada, un océano de colores festivos rompiendo contra la maloliente tasca del Raúl para circundar al Claudio y rendirle pleitesía. Lo miraba beber, taciturno y baladí, disfrazado de humano con un palillo, y me preguntaba qué hacía allí, vencido en la penumbra, si le bastaría con la consigna de un gorjeo para amotinar a las palomas del parque y obligarlas a rebozar la ciudad con sus excrementos, como en una Navidad infeliz. Y si algún día se sentía apesadumbrado, ¿qué evitaría que al andar por las calles le siguiera un cortejo de solidarios grajos? Así veía yo al Claudio tras haber sido testigo de su destreza para catalogar los hondos ruidos de la noche, de su pavorosa exactitud a la hora de realizar el inventario de las tinieblas. Y sobre todo tras haberlo oído conversar con los pájaros, intercambiar aquellos trinos confidenciales tan semejantes al secreteo de Romeo y Julieta en el balcón. Lo miraba beber, manso e insignificante, el palillo asqueroso navegándole los labios, y era

como encarar una adivinanza irritante. ¿Cómo era posible que un ser bendecido con aquel don tan increíble formara parte de nuestra camarilla de desheredados, cómo podía ser que con un talento que sin duda debía haber conducido su existencia por unos derroteros antagónicos a los nuestros hubiera desembocado en aquel figón miserable? Durante un tiempo, ya digo, no supe verlo más que como un genio de la ornitología que en una pirueta provocadora había plantado al destino y consagrado su vida a las cañerías.

Pero vivimos en una época donde los dioses se derrumban al menor soplo de brisa, y el Claudio no iba a ser menos. Una tarde especialmente bochornosa, un tipo trajeado entró en el bar para refrescarse el gaznate. No era un ejemplar común por nuestros pagos, con su rolex, su tripa de mariscadas y su traje sastre refractario a las arrugas. Y le hubiésemos dado la espalda, fieles a nuestra desconfianza hacia los que supuran dinero, de no ser porque al sentarse dejó sobre la barra una pequeña jaula, con un extrañísimo pájaro en su interior del que nos resultó difícil apartar los ojos. Era del tamaño de un canario, tenía el plumaje del color de los melocotones, y las alas y parte del buche negro, lo que le daba cierto aire de espadachín enmascarado. Al reparar en nuestra curiosidad, el tipo nos invitó a aproximarnos para ver de cerca la última adquisición de su esplendorosa pajarera. Examinamos al bicho con la obligada reverencia, ajustándonos al protocolo de alabanzas hacia el exquisito gusto del mister. Alguien preguntó entonces de qué pájaro se trataba. Con una repulsiva sonrisa de suficiencia, el tipo despachó nuestra curiosidad alegando que no era un jilguero, como si por nuestro aspecto nos correspondiera un cielo mísero, solo habitado por aves de mediopelo. Su desprecio se me clavó como un puñal en lo profundo, y no pude evitar tomarme su respuesta como un desafío.

-No hace falta que nos diga su nombre, mister. Sabemos de qué pájaro se trata- repliqué en un tono áspero.

El tipo no esperaba aquella respuesta. Me miró divertido durante unos segundos. Tomó entonces una servilleta, y anotó algo en ella con una estilográfica dorada, mientras a su alrededor se gestaba un silencio expectante. Sacó luego de su bolsillo un billete congestionado de ceros que arrancó varios suspiros a la platea, lo colocó sobre la barra y nos informó de que si acertábamos el nombre que había escrito en la servilleta, aquella fortuna era toda nuestra. Y allí había muchas cañas gratis, concluyó, dueño de sí mismo, agradablemente sorprendido de que un garito como aquel y su

desdichada parroquia pudiesen depararle tanta diversión a él, a quien probablemente ya el mundo le aburría. Todas las miradas se posaron sobre mí, como no podía ser menos.

-Avisad al Claudio- ordené con la sonrisa esquinada de un tahúr.

El Claudio se encontraba en su mesa de siempre, al fondo del local, concentrado en su tintorro, sin saber ni importarle las causas del revuelo que tenía lugar en la barra. Lo trajeron sin una explicación, casi en volandas. Ingresó en aquel ambiente electrificado medio aturdido, y se dejó examinar de arriba abajo por el tipo del traje caro, algo amedrentado, su nerviosismo reflejándose en el palillo. Evité que se nos cuadrara ante el potentado echándole una mano al hombro, y me apresuré a explicarle la posta. Sólo cuando entendió cual era su cometido, reparó el Claudio en que había un pájaro sobre la barra. Lo miró como si nunca hubiese visto uno. Luego miró al dueño, que lo enfrentó gallito, con su sonrisa de truhán. Para bajar de nuevo los ojos hacia el ave, y no moverlos de allí. Todos clavamos la vista en el rostro inexpresivo del Claudio, tratando de leer en él, de adivinar la llegada de la revelación en un temblor del mondadientes. Pero el Claudio aplastaba al pájaro con una mirada entre confusa y embebida que no presagiaba la inminencia de ninguna conclusión. Entonces se produjo uno de esos raros momentos de la vida en los que uno puede sentirla discurrir, percibir su silenciosa andadura como si se tratase de una hilera de vacas con cencerro. Los segundos se amontonaron en minutos, minutos largos, flexibles, espaciosos, que amenazaron también con amontonarse. Y supe que de aquel material inútil estaban hechas nuestras vidas, que sólo el ricacho que sonreía a mi lado estaba desperdiciando aquel tiempo porque sólo él sabía cómo llenarlo, y que, si el Claudio no cumplía, aquella sería nuestra única victoria sobre él, el robo de aquellos minutos a una vida que no cabía en sí misma, en la que cada segundo era esencial, aprovechable y precioso como un tornillo que lo ayudaría a construirse la felicidad.

Cuando juzgó que había pasado el tiempo suficiente para la adivinación, el trajeado se puso a tamborilear con los dedos sobre el mostrador, como concediéndonos una prórroga. Pero estaba claro que la escena no iba a cambiar ya. El pájaro picoteaba indolente el fondo de la jaula y el rostro del Claudio seguía sin registrar conocimiento alguno que nos hiciera merecedores del rumboso billete dispuesto sobre la barra.

-¿No canta?- preguntó entonces el Claudio con un deje de angustia en la voz.

El tipo lanzó una risotada que se propagó por la tasca, y que me recordó el runrún de un boliche al rodar por la pista. Aquello debía considerarlo como la guinda que coronaba un pastel perfecto. Un pastel que pensaba dejar mucho tiempo en su lujosa nevera, para consumirlo a bocaditos de roedor, disfrutándolo durante años. Meneó la cabeza, recogió el dinero, apuró la caña y desapareció con su pájaro raro, todavía sacudido por las carcajadas. Hay personas que existen con el único fin de que otras se sientan todavía más miserables, si no, no se entiende. Tras su escandaloso mutis, el grupo se deshizo entre cansinos comentarios a la puta vida, y cada uno volvió a lo suyo con normalidad, como si el episodio del billete fuese un espejismo más de los muchos que sazonaban nuestras existencias de esquinados de la fortuna. Yo fui el único que se interesó por la servilleta escrita que todavía aguardaba sobre la barra. "No es un jilguero", leí. La arrugué y la tiré al suelo.

El Claudio había regresado también a su mesa recoleta, y apuraba la caña con su habitual imperturbabilidad. Tampoco él parecía concederle la menor importancia al incidente del pájaro. Y mucho menos le remordía habernos fallado. Yo, sin embargo, aún no había asimilado lo ocurrido. Me senté a su mesa y lo observé beber sin saber qué pensar. ¿Cómo era posible que el Claudio no hubiese identificado aquel maldito pájaro que había tenido ante sus narices y, en cambio, pudiese reconocer sin el menor esfuerzo cada ave que poblaba las noches del monte? La inoportuna llegada del Sebas acabó por abatirme. Fue verle y experimentar un cansancio infinito, unas ganas locas de hacer una maleta, de tomar un tren cualquiera, de ver cómo se vivía en otro sitio. Enfiló hacia nuestra mesa con sus andares aperreados, dejando una estela de buque en el mar de mondadientes, servilletas y olivas que cubría el suelo, y nos iluminó con una sonrisa que sólo podía significar más de lo mismo. Pero esta vez yo no me encontraba con ánimos para seguirle la corriente. En cuanto abrió la boca, aporreé la mesa con el culo del vaso. ¿Por qué no la abandonas, simplemente, y dejas de amargarnos las noches?, sugerí con una frialdad que me salió de dentro. El Claudio alzó los ojos de su caña con brusquedad, como si hubiese escuchado una explosión, y lanzó una mirada aturdida enderredor, acaso para comprobar los daños. Creo que le desconcertó todavía más saberse en el mundo correcto, en el de siempre, a pesar de mi exabrupto. El Sebas, por su parte, me miraba atónito, el labio inferior colgándole muerto, desvelando las almenas orinientas y podridas de sus dientes. Mi súbita

grosería había debido convertirme en algo incomprensible para él, quizá uno de esos cuadros de manchas sobre los que solía despotricar en los hervores del vino. El Sebas dejó que se acumulara sobre nuestra mesa un buen montón de silencio sin variar la expresión, hasta que al fin bajó los ojos y escupió una calderilla de palabras imprevistas : Tengo que matarla: se ve con otro. El Claudio y yo nos miramos. ¿Otro? ¿Había en la ciudad otro gigante? Pues la idea que yo me había formado de Elena era la de una mujer enorme, rocosa, capaz de resistir las embestidas a las que el Sebas la sometería durante el fornicio sin descuajaringarse. Y quién podría cortejar a una giganta más que otro ser de la envergadura megalítica del Sebas. Aunque debía reconocer que, de existir en los alrededores un ser así, lo tendría muy fácil para perpetrar sus fechorías camastrales con la mujer del Sebas, quien abandonaba la cama con la primera luz y regresa con la última, derrengado, ensordecido por el runrún de la hormigonera y embrutecido de tratar con hombres tan rudos cómo él. ¿Cómo lo sabes?, se interesó el Claudio. Y entonces el Sebas se perdió en una retahíla de objetos cambiados de sitio, de cervezas desaparecidas y sábanas que vivían en la lavadora, de pelos sin dueño en la bañera. Pistas que a sus ojos anunciaban escaramuzas regulares. Indiscutibles síntomas de coyunda. Todo ello de todas maneras innecesario, sobrante, pues era llegar a casa y encontrarse a Elena recién duchada y como iluminada por dentro, resplandeciendo como una ermita lejana donde acabara de celebrarse una boda.

Había otro, sin duda. Y el Sebas temía que los adúlteros descubrieran los dineros que guardaba en el colchón, los ahorros de sus pantagruélicas jornadas de cemento, pues se imaginaba a su sustituto como un amante de cuerpo ultrasensible, capaz de notar contra las costillas la siesta de los billetes. Ya los veía fugándose de la mano, alegres como críos, viviendo a su costa en un pueblo con playa si él no ponía remedio. Aquel nuevo giro en las motivaciones del Sebas, aquel cambio de rumbo hacia el crimen pasional, me resultó divertido. Pero tanto daban sus razones, tanto daba que existiera aquel amante saltimbanqui capaz de detectar su fortuna como un zahorí. El Sebas se había revelado negado para el asesinato, incapaz de levantar un dedo contra su mujer. Por eso, cuando comenzó a hablar del veneno, apenas le presté atención. El Claudio, que era un dechado de cortesía, se fingió interesadísimo, y para su natural callado, le planteó abundantes preguntas, algunas de verdad irritantes, como si los planes del Sebas fuesen el episodio de un serial que se hubiese perdido. No hacía falta

tanto entusiasmo, traté de advertirle con un gesto. El plan del Sebas, del que al parecer yo debía enterarme por cojones, había salido de la tele, como casi todos los anteriores. Se había logrado un veneno rapidísimo, que roía por dentro en cosa de minutos, y hablaba de dos vasos de leche, uno a la izquierda y otro a la derecha, uno para convocar al sueño y otro para conjurar la muerte. Al Claudio aquello le pareció un plan de lo más ingenioso, digno de un maestro, y ambos discutieron la posición de los vasos hasta la extenuación, no fuera a producirse algún error. Tuve que propinarle un puntapié por debajo de la mesa para que abandonara su papel de decurión. Cuando el Sebas al fin se retiró, citándonos en lo del Murciano con las palas, asentí aliviado, como quien se libera de una piedra en el zapato.

Esa noche hacía carambolas en los billares del barrio, cuando el Claudio apareció con dos palas. Se quedó en la puerta, circunspecto, con un algo de fantasma o buitre, y me reclamó con una mirada teñida de oscura complicidad. Le miré al fondo de los ojos y no me gustó lo que vi. Allí se agitaba un remusgo de certeza contra la que mis reparos nada iban a poder; así que dejé el taco, apuré la copa y me arrimé a los talones de aquel Claudio doblemente taciturno, que no tardó en contagiarme sus certidumbres. Una luna regordeta enyesaba el monte. Nos cercaba un brillo de plata sucia, como si camináramos por un escenario de latón. El Claudio marchaba delante, indescifrable salvo por las cabriolas del mondadientes, y yo lo seguía a unos pasos, combatiendo el relente con cigarrillos. ¿Qué habría atisbado el Claudio en el nuevo plan del Sebas que lo había ganado para su causa, transformádolo en una especie de adepto sin voluntad? Nos apostamos en el sitio de siempre, cerca de lo del Murciano, entre unos pinos que nos ocultaban a la vista y desde donde disponíamos de una generosa panorámica del sendero de subida. En aquel camino de cabras recamado de breña clavé mis inquietos ojos mientras a mi lado el Claudio nombraba los pájaros nocturnos maquinalmente, sin ninguna gracia, como en los colegios recitábamos la tabla de multiplicar.

Ver aparecer por el sendero la destartalada ranchera del Sebas me heló el corazón. Sin mostrar sorpresa, el Claudio arrojó su pala y se encaminó decidido hacia el coche. Yo me apresuré a seguirlo, tratando de digerir lo que estaba sucediendo. Bajo el fulgor de la luna, la castigada ranchera del Sebas adquiría un resplandor excesivo y misterioso. Más parecía que nos aproximábamos a una nave alienígena que a una chatarra septuagenaria. Los cristales estaban cubiertos de vaho, hurtándonos el rostro del

Sebas, que era poco más que una sombra aferrada al volante. Sin entretenerse en saludos y con una presteza sorprendente en él, el Claudio rodeó el coche y abrió el maletero. Recé porque estuviese lleno de cervezas, porque aquello no fuese más que una broma preparada por ambos en honor a mi patente ingenuidad. Un montón de cerveza fría que pimplar sentados como pilluelos contra un pino, trabando planes de asesinato que luego la pereza nos impediría ejecutar. Pero no había cervezas. Una enorme bolsa de basura ocupaba la totalidad de su espacio. Contemplé el bulto boquiabierto, sintiendo cómo la cena me subía al gaznate. El Claudio me azuzó a tomar por un extremo de la bolsa y yo observé a mis manos profanar por su cuenta el maletero y buscar entre los pliegues del plástico, hasta encontrar el asidero oportuno de lo que me parecieron unos tobillos. Los tomé con una indiferencia espantosa, y tuve que concentrarme para entender que aquel bulto era un cadáver, que tirábamos de una persona que momentos antes había estado viva, que descargábamos a Elena, la hembra del Sebas, que esa noche había tomado un vaso de leche sin percibir su carga de tinieblas. Y, como había supuesto, Elena era una mujer enorme, rocosa, irrompible. Entre trompicones y resoplidos la acarreamos hasta el lugar donde nos esperaban las palas, mientras oíamos a nuestras espaldas la fuga del coche. El Sebas había cumplido su promesa, por muy increíble que me resultase, y ahora era nuestro turno de ganarnos el sueldo. La depositamos sobre la hierba sin miramientos, y, mientras el Claudio buscaba las herramientas quejándose de las vértebras, la contemplé con la desgana con que un jornalero miraría una almocela demasiado abrupta. Vencida la sorpresa inicial, me invadió un deseo enorme de deshacerme del cuerpo, de aquel cuerpo que nos unía al Sebas y sus maquinaciones. Miré a todos lados, asustado. Basta con tener un cadáver entre las manos para que el rincón más solitario del mundo se nos antoje el destino ideal de todos los paseantes ociosos de la madrugada. Pero no sabía qué me espantaba más, el hecho de haberme enfangado en un crimen enojoso y vulgar, de esos que atestan los periódicos para que los lectores se sientan ilusoriamente seguros por habitar en el lado más cuerdo de la vida, o la frialdad con la que el Claudio encaraba la situación, como si dedicara sus noches a enterrar cadáveres para los amigos. Tomamos las palas y nos pusimos a la tarea envueltos en un reconcentrado silencio. Cada vez que el viento estremecía, malévolo y juguetón, las ramas de un pino, yo rebañaba las sombras con aprensión, esperando encontrar una silueta callada y televisiva que inaugurase

un infierno de chantajes interminables. Escarbamos con avidez, improvisando de mala manera una tumba colosal donde hurtar a los ojos de la noche aquel bulto enorme y delator que nos había ido a parar a las manos sin saber cómo.

Sólo cuando la mujer del Sebas desapareció de nuestra vista para alegrarle la vida a los gusanos, pude suspirar aliviado. Sudorosos, el Claudio y yo nos recostamos contra el pino más próximo y nos fuimos tranquilizando. Aquel sitio volvía a ser un lugar alejado de la mano de Dios, sin mirones intempestivos ni chantajistas avispados. Fruncidos a la línea del horizonte, los tejos relucían como picas de alpaca. De pronto, el paisaje se limitaba a existir con una apatía que lo incapacitaba para el misterio. Miré al Claudio, esperando descifrar en el mondadientes lo que su expresión me negaría, pero la postura que había adoptado le cubría el rostro con un yelmo de sombra. Me pregunté si le importaría o no ser cómplice de un asesinato, si, al igual que yo, sentía haberse manchado las manos por un mísero puñado de billetes. Pero tuve la impresión de que aquello no le inquietaba lo más mínimo, que, al contrario que yo, el Claudio ni se inmutaría cuando oyésemos desde la tasca la jarana de alguna sirena policial. Se había levantado una brisa deliciosa que prometía verano y, animado por aquel gesto de cortesía que el mundo tenía para con nosotros, encendí un cigarrillo. Lo fumé despacio, expulsando el humo con mimo. Ajena al crimen perpetrado al amparo de sus faldas, la noche proseguía su andadura hacia el alba. De sus profundidades surgió un silbido leve pero persistente. Un autillo, me atreví a conjeturar, buscando charla. El Claudio chasqueó la lengua, como no podía ser de otra forma.

-Lo parece, pero no lo es. - me corrigió desde las sombras-. Es un mochuelo.

Me encogí de hombros. Tanto me daba lo que fuera. Pisábamos el cadáver de una mujer.

-La noche tiene eso, que confunde las cosas- reflexionó el Claudio.

Asentí, distraído, y continué fumando con la misma parsimonia, sin que el Claudio volviera a hablar o mostrara la más mínima impaciencia por largarse de allí. Nos marchamos cuatro cigarrillos más tarde, el cielo haciendo gárgaras con las primeras luces y la ciudad a lo lejos como un descuido de ceniza sobre el mantel.

Nada más llegar al barrio, me despedí del Claudio y me sumergí en la cama con alivio de submarinista. Quedaba claro que aquel calvario debía

pasarlo solo. Tirité bajo las mantas toda la mañana, con un miedo impreciso metido en el cuerpo, imaginando a cada rato cómo el envite de una bota policial desencajaba la puerta del domicilio. Me daba ánimos pensando en los billetes que el Sebas depositaría en mis manos al anochecer, una cantidad miserable que sin embargo me permitiría sobrevivir unos meses sin tenerles que mendigar a las monjas, tal vez incluso blindar la jodida furgoneta. Al caer la tarde, me planté ante el espejo y luché por extirparme la enojosa sombra de culpabilidad que enturbiaba mis pupilas. No tuve éxito. Enfilé entonces hacia la fonda deseoso de encontrar en los ojos del Sebas el lastre de un miedo atroz que aligerase el mío.

Mis compañeros de fechorías no habían llegado aún. Saludé a los presentes con impostada jovialidad, y tomé la mesa que se encuentra frente a la entrada, para que la acritud de mi mirada fuese lo primero en dar la bienvenida al gigante viudo. Por los mugrientos vidrios de la tasca se filtraba ya esa luz melancólica que prestigiaba a las moscas con el brillo de los diamantes y anunciaba la llegada del Sebas. Sin embargo, la puerta no recibía el manotazo abúlico y puntual del gigante. Apurando la caña con lentitud y vigilando la mudanza de la tarde estuve un buen rato, hasta que se hizo patente que el Sebas no aparecería. Su ausencia no resultaba del todo extraña, dadas las circunstancias. Tal vez había decidido desaparecer por unos días, por si las moscas. Era lo más sensato, bien mirado. Pero si la ausencia del gigante se me antojaba justificable, el que el Claudio no hubiese aparecido todavía por la taberna me resultaba sumamente extraño. ¿Dónde podía meterse a esas horas un tipo como el Claudio, que no sabía hacer otra cosa que pimplar tinto en una mesa esquinada?

Me acerqué a la barra, por si el Raúl sabía algo. Pero el tabernero tampoco tenía idea de dónde podía estar el Claudio. Entonces el Rosendo, que trabajaba de mozo en la estación de tren, interrumpió su partida de julepe para anunciarnos que él había visto al Claudio esa mañana, subiendo al Talgo que tiraba para la costa, pertrechado de maletas y acompañado de una mujer bellísima. Me quedé perplejo, y escuché incrédulo la descripción que, a petición de la parroquia, el Rosendo compuso de la hembra que el Claudio, quién lo iba a decir, se había agenciado. Una perica de revista, aseguraba dibujando jarrones en el aire, con una carrocería que quitaba el aliento. Meneé la cabeza. ¿El Claudio con una mujer? Aquello era imposible. Aquello no podía ser. ¿De dónde la habría sacado, además? Entonces me embargó una sensación extraña, como un amago de revela-

ción, y me dio por pensar si los dos sucesos insólitos del día, el Sebas faltando a su cita y el Claudio fugándose del brazo de aquella diosa, no estarían relacionados. Y mientras los demás celebraban la noticia con chanzas y cochinadas, yo notaba cómo la vista se me nublaba y el rostro me ardía. ¿De qué manera encajaban las piezas? ¿Era Elena la mujer que se fugaba con el Claudio? ¿A quién habíamos enterrado entonces? Aquellas preguntas, que habían brotado en mi cabeza como por descuido, apuntaban respuestas estremecedoras, terribles, que amenazaban con convertir mi realidad en el trabajo de un habilidoso falsificador. Me aparté del ruidoso grupo medio tambaleándome, y busqué la salida del bodegón.

La noche me recibió fresca y honda, como el regazo de una novicia. Me entregué a sus calles con paso de fugitivo, como si huyendo de la tasca del Raúl pudiese huir de las macabras insinuaciones de mi mente. Pero enseguida tuve que apoyarme contra un muro, mareado, tembloroso. Reparé entonces en que me encontraba muy cerca del apartamento del Claudio, y, sin detenerme a pensarlo, me dirigí hacia él. No sabía para qué. Tal vez albergaba la esperanza de encontrarlo allí, fiel a sí mismo, tumbado en la cama con los ojos puestos en las musarañas y el palillo inmundo asomando de sus labios, sin mujeres ni maletas alrededor, negado para la sorpresa. Así lo quería yo, postrado en su camastro, recreándose en su condición de perdedor. Sin demostrarnos que se podía salir de la miseria.

La puerta de su apartamento estaba abierta. Entré y grité su nombre sin apenas convicción, únicamente para oírlo rebotar en las paredes. No hubo respuesta. Recorrí entonces, lentamente, como quien recorre un museo, el puñadito de desangeladas habitaciones que formaban su madriguera, sin encontrar rastro de vida alguno. El Claudio se había ido para no volver, no había duda. Se había largado a la costa con una mujer de cine. Y no me sorprendió descubrir, abandonado en un cenicero, el ajado mondadientes que le arruinaba la boca. Me lo imaginé dejándolo allí con un ademán casi sagrado, como si se desprendiese de una máscara que ya no iba a necesitar, de un disfraz que le había permitido vivir entre nosotros, como un perdedor más, mientras forjaba sus planes de fuga, mientras escogía de aquí y allá las piezas con que construirse un futuro mejor que el que le correspondía. Y me lo imaginé como lo habría visto el Rosendo, cargado de maletas y libertad allí en la estación, con un cigarrillo adornándole los hermosos labios, resplandeciendo como un objeto recién comprado junto a Elena, la mujer del Sebas, que quizá, la noche en que debía morir, había cambiado los

vasos de sitio en un descuido de su verdugo. Tal vez aquello fuese cierto, o tal vez no, sólo tenía que regresar al monte y desenterrar un cuerpo para conocer la verdad, si es que algún día me importaba conocerla.

Mientras le daba vueltas a aquellos pensamientos reparé en un viejo tocadiscos que se encontraba arrumbado en una esquina del dormitorio. Me acerqué a él lleno de curiosidad, como si se tratase de una clave que dotara de sentido todo aquello. Junto al aparato, hallé un único disco. ¿Qué tipo de música escucharía el Claudio? Me invadió una tristeza absurda al descubrir que llevaba años bebiendo a su lado y apenas sabía nada de él. Ahora quería preguntarle mil cosas, saber qué esperaba de la vida, qué le había llevado a aquella mesa esquinada del bar. Examiné el disco. El tiempo había vuelto indescifrable el dibujo de su funda, pero en una de las esquinas podía apreciarse aún una caligrafía apretada y torpe. "Para mi Claudio", leí, "en su sexto cumpleaños". Aquella dedicatoria me conmovió. Así que el Claudio, una vez, había sido niño, por mucho que mi mente se mostrase incapaz de conjurarlo de aquella guisa, varado en una infancia ignota, inimaginable, pero probablemente tan común como la de cualquiera. Puse el disco y me senté en la cama, sin poder evitar un rictus de nostalgia. Aunque no fuese nada transcendente, me disponía a conocer sus gustos musicales, las canciones que llevaba escuchando desde que tenía seis años, y que, dado que no poseía ningún otro disco, debían satisfacerle lo suficiente como para hacerlo prescindir de todo lo demás. Tras los inevitables chasquidos iniciales, el altavoz dio paso a una voz grave y remilgada que me informó que estaba escuchando la guía de campo de aves de Sturé Palmer y Jeffery Boswall. Entonces, tras un breve silencio, sonó un silbido suave y penetrante que me resultó tremendamente familiar, haciéndome evocar las noches del monte.

-Un autillo- musité.

-Un autillo- confirmó la voz.

El canto de los pájaros